

sino que el ejercicio de la filosofía no puede desligarse en el cristiano de su contacto vital con la fe.

Como ejemplo de su postura filosófica *a contrario*, aparecen diversas referencias al pensamiento de Francisco Suárez, cuyas *Disputaciones Metafísicas* marcaron el comienzo de una filosofía «pura» característica de la Modernidad filosófica (p. 86 y p. 347). El proyecto metafísico suareciano se proponía hacer filósofos a los cristianos, pero no consiguió hacer cristianos a los filósofos. De hecho, una filosofía desgajada de su raíz vital de la fe, dejó de ser cristiana, como la historia de la filosofía moderna y contemporánea ha puesto de manifiesto. Esta misma actitud puede apreciarse en la escolástica barroca a propósito de la controversia *de auxiliis* donde el molinismo pretendió preservar la libertad humana de toda influencia externa, toma de postura característica de la modernidad ilustrada (p. 171).

Hay que destacar el estilo claro y directo de estas páginas que traslucen muchas veces la pasión filosófica de búsqueda de la verdad, y no la pasión de quien busca su propio interés. El autor hace gala de una gran honestidad intelectual al hacer explícito el horizonte de pre-comprensión y el punto de partida de su propuesta, llevando a sus últimas consecuencias una opción vital por la fe en Jesucristo y en la Iglesia. La tradición católica en la que se inserta el autor de manera «confesante» –según sus propias palabras–, es una tradición que a lo largo de la historia ha producido frutos intelectuales de gran riqueza y calado especulativo, de la que no sería razonable desprenderse. Las posturas defendidas en este libro pueden suscitar adhesiones y críticas, pero está fuera de toda duda la honestidad y convicción con las que se presentan, posibilitando un diálogo filosófico (y teológico) sincero y auténtico.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

Ignasi FUSTER CAMP, *El Gran Engaño. Una reflexión sobre el sentido de la Historia*, Madrid: De buena tinta, 2015, 144 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-943386-5-6.

Este breve pero denso ensayo vuelve al género del diálogo filosófico –de tradición platónica y renacentista– como cauce de expresión de algunas ideas ya presentes en otros libros del mismo autor. El hilo conductor de estos cuatro diálogos es el sentido de la Historia. Los protagonistas son cinco personajes sin nombre propio que pueden representar a arquetipos de culturas y creencias diversas. Así, tenemos un judío (creyente observante e intelectual), un nihilista (de talento culto y dialogante con una impronta marcadamente nietzscheana), un monje (contemplativo,

estudioso y sabio, representante de la tradición monástica europea); un filósofo (profesor de antropología de una universidad europea), y finalmente el Papa (autoridad moral y religiosa del catolicismo). Los diálogos se desarrollan en cuatro escenarios distintos. El primero se sitúa en Barcelona, y tiene como protagonistas al judío y al nihilista que tratan acerca del misterio del mal. La segunda conversación tiene lugar en el Monasterio de la Grande Chartreuse, al pie de los Alpes: en ella intervienen el judío, el nihilista y el monje, que conversan acerca de la identidad del ser humano. El escenario del tercer en-

cuentro es la ciudad suiza de Lucerna con ocasión de un congreso de filosofía sobre la modernidad, donde se dan cita el judío, el nihilista y el filósofo. La cuarta y última escena se localiza en Castelgandolfo, en la residencia papal de verano, donde dialogan el judío y el Romano Pontífice.

Las conversaciones evocan de algún modo los diálogos socráticos, presididos por la búsqueda de la verdad en un clima de amistad, humus propicio para la reflexión filosófica, en un ideal debate público sin afán de dominio. Cada personaje expone de manera sencilla y coloquial sus convicciones más profundas, abierto a las ideas de sus contertulios. Resulta muy relevante la dedicatoria que encabeza el libro: «En memoria de los judíos que perdieron la vida en el horror». De hecho, el punto de partida de las conversaciones es el horror imborrable de Auschwitz, la piedra de escándalo de la modernidad ilustrada. ¿Cómo es posible que una nación en donde la razón ilustrada ha llegado a su cima, con Kant o Hegel, haya producido la síntesis de la barbarie más inhumana del siglo XX, junto a la bomba atómica de Hiroshima y Nagasaki? Desde perspectivas diversas, judío y nihilista debaten sobre el horror del Holocausto: no parece hallarse una explicación racional de la presencia del mal de manera tan esencial. Ante la insuficiencia de estos planteamientos las perspectivas del monje y del filósofo cristiano apuntan a una salida trascendente mediante el sentido redentor del dolor, y la reflexión ascendente hacia los orígenes para conocer la verdadera esencia humana y alumbrar desde allí el misterio del dolor humano. La conversación final apunta a la aparición del Anticristo como una falsa respuesta al problema del dolor y del mal.

En efecto, el Gran Engaño consiste en la presentación del Anticristo como un gran amante del hombre; un verdadero hu-

manista. Pero se trata de un humanismo que evitará por todos los medios la pregunta filosófica fundamental sobre la esencia del hombre que inevitablemente llevaría a cuestionarse los orígenes. Aquí radica lo esencial del Gran Engaño: entretener al hombre en «las esencias» e impedir el regreso a sí mismo: aquella memoria originaria que proponía san Agustín. Por eso, ante el Gran Engaño sólo cabe la reflexión filosófica que se orienta hacia la pregunta metafísica fundamental acerca del ser, de la creación, del orden natural, de la esencia del bien y del mal: en definitiva, la pregunta sobre Dios.

La figura del Anticristo es un recurso que condensa la gran tensión filosófica y antropológica de todos los tiempos, fruto del constitutivo esencial del hombre: el anhelo de sí mismo. A través de ese anhelo el hombre no cesa en la tentativa de acceder a los orígenes de sí mismo. Es lo que intenta impedir el Anticristo. En este sentido, la razón, el sufrimiento, el arte y la mujer, son aliados de este anhelo para que la civilización contemporánea —europea— vuelva a emprender el camino de los orígenes, y consiga regenerarse. Esos aliados simbolizan la pasividad que permite el acceso a los orígenes y la renovación del tiempo, mediante el análisis del sufrimiento, la culpa, el arte y la cultura, etc.

Los diálogos aparecen salpicados de citas de los grandes filósofos donde es fácil identificar las fuentes de las que se sirvió el autor: Platón, san Agustín, Tomás de Aquino, Nietzsche, Kierkegaard, Heidegger, Juan Pablo II o Benedicto XVI, Levinas, Ricoeur, entre otros. Este libro gustará especialmente a cualquiera que le guste reflexionar sobre los temas relevantes de la existencia humana y no posea una formación filosófica especializada.

José Ángel GARCÍA CUADRADO